

luz y siguieron. Fouan encontró dos monedas de cuarenta sueldos para enviar á la chiclea por un litro de cognac. Ya dormía todo el mundo en el pueblo y aun seguían ellos bebiendo.

Y Jesucristo, cuya mano temblorosa buscaba con qué encender la pipa, encontró la denuncia comenzada que había quedado en una esquina de la mesa, manchada de vino y de grasa.

—¡Ah, es verdad, hay que acabarla!—balbuceó entre risotadas de borracho.

Miraba el papel, buscando alguna broma con que expresar todo el desprecio que sentía por la escritura y por la ley. De pronto abrió una pierna y se pasó el papel por debajo, y dejó escapar uno lleno y redondo, de aquellos de los cuales decía que estaba el cañon hasta la boca.

—¡Esta es la firma!

Todos, incluso Becú, rieron la gracia. ¡Ah! ¡no se aburrían aquella noche en el castillo!

Por aquella época hizo Jesucristo una amistad. Escondiase una noche en un foso para dejar que pasasen los gendarmes, y encontró en el fondo á un mocetón que ocupaba ya el sitio, poco deseoso de que lo vieran, y hablaron. Era un buen vagabundo, Leroi, llamado cañon; un carpintero que había abandonado á París hacía dos años á consecuencia de historias desagradables, y que prefería vivir en los campos, rodando de pueblo en pueblo, pasando ocho días aquí y otros ocho allá, yendo de una granja á otra ofreciendo sus servicios, cuando los maestros no lo necesitaban. Ahora el trabajo iba mal, y mendigaba por los caminos, viviendo de legumbres y frutas robadas, echado de todas partes, y feliz cuando se le dejaba dormir en un pajar.

Preciso es decir que su aspecto no era para inspirar confianza; cubierto de andrajos, sucio, feo, comido por la miseria y por los vicios; el rostro tan descarnado y tan amarillento, erizado por una barba clara, que las mujeres sólo con verlo cerraban puertas y ventanas. Y lo que era peor, decía atrocidades, hablaba de degollar á los ricos, de darse un festín cualquier día con el vino y las mujeres de los demás: amenazas lanzadas con voz sombría y los puños en el aire; teorías revolucionarias aprendidas en los arrabales de París; reivindicaciones sociales fluyendo en frases inflamadas, cuya ola dejaba estupefactos y espantados á los campesinos. Hacía dos años, las gentes de las granjas le habían visto llegar á la caída de la tarde, pidiendo el rincón de un pajar para dormir; sentábase cerca del fuego, y les helaba á todos la sangre con las palabras espantosas que decía; desaparecía al día siguiente para reaparecer á los ocho, á la misma hora triste del crepúsculo, con las mismas profecías de ruina y de muerte. Por esto le echaban de todas partes: tanto terror y cólera inspiraba la vista de aquel hombre.

Jesucristo y Cañon se entendieron en seguida.

—¡Ah!—exclamó el primero;—¡cuánto me pesa no haberlos degollado á todos en Cloyes el 48!... Vamos á beber un trago.

Y se le llevó al castillo y lo hizo dormir con él, lleno de deferencias á medida que el otro hablaba, sintiéndole superior y con ideas para rehacer la sociedad de un golpe. Al día siguiente se fué Cañon. Quince días después reapareció, y se volvió á marchar al obscurecer. Y desde entonces, de cuando en cuando caía en el castillo, comía y dormía como



en su casa, jurando siempre que los burgueses serían exterminados antes de seis semanas. Una noche que el padre estaba en acecho, quiso gozar á la hija; pero la Trouille, indignada, roja de vergüenza, le arañó y le mordió de tal modo, que tuvo que dejarla. ¿Por quién la tomaba aquel viejo?

Fouan tampoco quería á Cañón, á quien acusaba de ser un vago y de querer cosas que llevan á un patíbulo. Cuando aquel tunante estaba allí, el viejo se ponía triste, hasta el punto de irse afuera á fumar su pipa. Por otra parte, la vida se hacía de nuevo desagradable para Fouan, y no estaba tan á gusto en casa de su hijo desde que los dividía una historia desagradable. Hasta entonces Jesucristo no había vendido las tierras de su lote, terrón á terrón, más que á su hermano Buteau y á su cuñado Delhomme; y cada vez Fouan, cuya firma era necesaria, la daba sin decir nada, desde el momento en que todo quedaba en la familia. Pero he aquí que se trataba de un último pedazo, sobre el cual el cazador había tomado un préstamo; un trozo que el acreedor hablaba de tomar porque no se le pagaban los intereses convenidos. El señor Baillehache, consultado, había dicho que había que vender la tierra y en seguida, sino querían que se la comiera la curia. Lo malo era que Buteau y Delhomme rehusaban comprarla, furiosos de que el padre se dejase desollar en casa de aquel perdido. Y el campo iba á ser vendido judicialmente, y aquel sería el primer trozo que saliera de la familia. El viejo no dormía. ¡Aquella tierra que su padre y su abuelo habían ganado y reunido con tanto trabajo; aquella tierra poseída y guardada

celosamente como una mujer propia; verla deshacerse así en los procesos, bajar de precio, pasar á poder de otro, de un vecino, por la mitad de su precio! Y se estremecía de rabia, teniendo el corazón tan desgarrado, que sollozaba como un niño. ¡Ah! ¡aquel cochino de Jesucristo!

Y hubo escenas terribles entre el padre y el hijo. Por lo demás, este último no respondía nada y dejaba al otro deshacerse en reproches y en gemidos.

—Sí, eres un asesino; esto es como si tú cogieras un cuchillo y me cortaras un pedazo de carne. ¡Un campo tan bueno, que no hay otro mejor! ¡Un campo que lo produce todo sólo con soplar! Menester es que seas un canalla y un cobarde, para no cortarte el cuello antes de dejar que pase á poder de otro..... ¡Sí, á otro! esta idea me enciende la sangre..... Tú no tienes sangre en las venas, ¡borracho!..... Y todo porque te has bebido la tierra; ¡cochino!

Luego, cuando la fatiga le ahogaba y caía rendido, el otro respondía tranquilamente:

—¡Vaya una tontería, atormentarse de ese modo! Pegad contra mí, si eso os consuela; pero tened más filosofía. Y bien, ¿qué? ¡La tierra no es cosa que se pueda comer! Si se os sirviera en un plato, ¡buen gesto hariais! Si he tomado dinero sobre ella, es porque esta es mi manera de hacer dinero, y lo que queda se venderá, y bien vendido, por mi patrón Jesucristo; y lo que nos den nos lo comeremos y beberemos; ésta es la verdadera sabiduría. ¡Dios mío! tiempo hay de poseer la tierra cuando uno se muera.

En lo que el padre y el hijo estaban de acuerdo



era en odiar al alguacil, al señor Vimeux, que se encargaba de las comisiones que no quería su compañero de Cloyes, y que se atrevió una tarde á traer al castillo una citación á juicio. Vimeux era un hombrecillo sucio y de barba roja. Vestido siempre de caballero, con sombrero y levita y unos pantalones negros llenos de manchas, era célebre en el país por las palizas que le daban los campesinos siempre que se presentaba á ellos de oficio y lejos de todo socorro.

Precisamente volvía Jesucristo con su fusil; y el tío Fouan, que fumaba su pipa sentado en un tronco de árbol, le dijo lleno de cólera:

—¡He aquí le deshonra que nos traes, perdido!

—Ahora veréis—murmuró el cazador apretando los dientes.

Pero al verle con su fusil, Vimeux se había detenido á unos treinta pasos, temblando de miedo.

—Señor Jesucristo—dijo con voz temblorosa—vengo á aquel asunto..... Y aquí dejo esto..... ¡Buenas tardes!

Había dejado la citación sobre una piedra y retrocedía vivamente, cuando el otro le gritó:

—Oye tú, cagatintas, será menester que yo te enseñe educación..... ¿Quieres darme ese papel?

Y como el miserable, paralizado por el miedo, no se atreviese ni á avanzar ni á retroceder, se echó el fusil á la cara.

—Te pego un tiro si no te marchas en seguida..... Vamos, coge ese papel, y largo de aquí..... ¡Pero á escape, ó disparo!

Sobrecogido y pálido, el alguacil se tambaleaba, implorando con una mirada al tío Fouan.

Este seguía fumando tranquilamente su pipa, en su feroz odio contra la curia y aquel hombre que la representaba á los ojos de los campesinos.

—¡Avanza, ó disparo! Para como estamos..... Dame ese papel..... No, con la punta de los dedos no; cortésmente y de buena gana..... Así está bien.

Vimeux, paralizado por aquella amenaza, no se atrevía á moverse.

—Ahora, vuélvete.

Pero como no se moviese:

—¡Vuélvete, ó te vuelvo!

Vimeux comprendió que había que resignarse, y volvió su espalda. El otro, entonces, le dió un puntapié con tal fuerza, que le tiró de boca.

El alguacil se levantó con trabajo y echó á correr, oyendo este grito:

—¡Atención! ¡que tiro!

Jesucristo levantó la pierna, y, ¡pan! soltó uno tan sonoro, que Vimeux, aterrado por la detonación, cayó de nuevo. Levantóse y siguió corriendo; y detrás de él continuaban las detonaciones, ¡pan! ¡pan! ¡pan! como un fuego graneado, en medio de grandes risas. Corriendo por la pendiente como un insecto saltador, estaba ya á cien pasos y todavía los ecos repetían el cañoneo de Jesucristo. Todavía sonó uno formidable cuando Vimeux ganaba las primeras casas de Rognes. La Trouille, que había acudido al ruido, se apretaba los ijares tendida en el suelo, cacareando como una gallina. El tío Fouan se había quitado la pipa de la boca para reir mejor. ¡Ah! ¡qué Jesucristo más gracioso!

A la semana siguiente tuvo, sin embargo, el



viejo necesidad de dar su firma para la venta de la tierra. El señor Baillehache tenía un comprador, y lo más prudente era seguir su consejo. Se decidió que el padre y el hijo irían á Cloyes el tercer sábado de Septiembre, víspera de San Lubin, una de las fiestas del pueblo. Precisamente el padre, que desde Julio tenía que cobrar la renta de los títulos que ocultaba, aprovecharía el viaje dejando á su hijo en medio de la fiesta. Irían y volverían á pie.

Como Fouan y Jesucristo, á las puertas de Cloyes, esperaban que pasara un tren delante de la valla del paso á nivel, se les reunieron Buteau y Elisa que llegaban en su carro. En seguida comenzó una disputa entre los dos hermanos y se llenaron de injurias hasta que fué abierta la valla; y todavía, del otro lado, aun se volvía Buteau para gritar cosas que no son para dichas.

—¡Anda, canalla, yo alimento á tu padre!—gritó Jesucristo con todas sus fuerzas, haciendo un portavoz con sus dos manos.

En la calle Gronaise, en casa del señor Baillehache, Fouan pasó un mal rato: el estudio estaba lleno, pues todo el mundo utilizaba el día de mercado, y tuvo que esperar cerca de dos horas. Recordó el sábado en que había venido á decidir la participación: más valía que se hubiera ahorcado aquel día. Cuando al fin los recibió el notario y llegó el momento de firmar, el viejo buscó sus gafas y las limpió; pero sus ojos llenos de lágrimas las empañaban, y su mano temblaba hasta el punto de que hubo necesidad de sujetarle la mano sobre el papel para que pudiera garabatear su nombre. Y esto le costó tan gran esfuerzo, que sudaba y

miraba alrededor suyo, como después de una operación quirúrgica, como si la hubieran cortado la pierna y la buscara. El señor Baillehache sermoneaba severamente á Jesucristo, y los despidió con una disertación sobre la ley: la cesión de bienes era inmoral, y se llegaría seguramente á elevar los derechos para impedir que sustituyese á la herencia.

Fuera, en la calle Mayor, á la puerta del Buen Labrador, Fouan dejó á Jesucristo en medio del tumulto del mercado; y por otra parte, éste, que ya andaba de broma, no puso inconveniente, sospechando de qué se trataba. En seguida, en efecto, el viejo se encaminó á la calle Beaudonniere, donde el señor Hardy, el recaudador, habitaba una linda casita con jardín. Era un hombre grueso, colorado y jovial, de barba negra bien peinada, y muy temido de los campesinos. Recibía en un pequeño despacho dividido por una balaustrada. Con frecuencia había allí bastante gente, pero en aquel momento no había nadie más que Buteau que llegaba en aquel momento.

Jamás se decidía Buteau á pagar sus contribuciones de una vez. Cuando recibía la papeleta en Marzo, se ponía de mal humor para ocho días. Iba pagando impuesto por impuesto, y esperaba todo lo que podía ganando tiempo. Hacía los pagos todos los meses cuando venía al mercado, y cada mes comenzaba para él la misma tortura: caía enfermo la víspera, y llevaba su dinero como hubiera llevado su cuello á la guillotina. ¡Ah, maldito Gobierno, que robaba á todo el mundo!

—¡Calla! ¡sois vos!—dijo alegremente el señor



Hardy. Habéis hecho bien en venir, porque os iba á poner costas.

—¡Es lo único que hubiera faltado!—gruñó Buteau. Y ya sabéis que no pago los seis francos que me habéis aumentado..... No, no, eso no es justo.

El recaudador se echó á reír.

—¿Vamos á comenzar ya? Todos los meses venís con la misma canción. Ya os he explicado que vuestra renta ha aumentado. Todavía no pagáis lo que debierais.

Pero Buteau se defendió violentamente. Sí, sí, ¡perecer su renta! Lo mismo que su prado, que se lo iba comiendo el río. Y sin embargo, seguía pagando como si no. ¿Era esto justo? El señor Hardy contestó tranquilamente que el catastro no era cosa suya y que había que esperar una rectificación. Y con pretexto de explicarle esto, le marcó con cifras, con palabras técnicas, de las cuales el otro no comprendía nada. Y acabó por decir:

—Después de todo, no paguéis si no queréis. Os enviaré el alguacil.

Buteau, asustado, ocultó su rabia. Cuando no se es el más fuerte, no hay más remedio que ceder; y su odio secular acababa de agrandarse con el miedo contra ese poder obscuro y complicado que sentía encima de sí: la administración, los tribunales, esos canallas burgueses, como él decía. Lentamente sacó la bolsa. Sus gruesos dedos temblaban; había recibido muchos cuartos en el mercado, y tentaba las monedas una á una antes de soltarlas. Tres veces hizo la cuenta, lo reunió todo en cobre, lo que le desgarraba todavía más el corazón, porque ábultaba más lo que entregaba. Al fin, con la

vista turbada, veía al recaudador embolsarse la suma, cuando apareció el tío Fouan.

El viejo no había conocido á su hijo por detrás, y se quedó sorprendido cuando éste se volvió.

—¿Qué tal, señor Hardy? ¿Va bien?..... Pasaba por ahí, y me dije: voy á entrar á saludarle..... Ya casi no nos vemos.....

Buteau no se dejó engañar. Saludó y fuése apresuradamente; cinco minutos después entraba de nuevo como si se le hubiera olvidado preguntar algo, en el momento mismo en que el recaudador de contribuciones, al pagar los cupones, ponía delante del viejo el importe de un trimestre, setenta y cinco francos en monedas de cien sueldos. Sus ojos parecieron ir á salirse de sus órbitas; pero fingió no enterarse, evitando hasta mirar á su padre, fingiendo que no le había visto poner el pañuelo encima de la mesa para tapar las monedas para luego ir las metiendo poco á poco en sus bolsillos. Esta vez salieron juntos, Fouan muy perplejo, mirando de reojo á su hijo; Buteau de muy buen humor y excesivamente cariñoso. Ya no quiso separarse de él, y se empeñaba en llevarlo en su propio carro; y le acompañó hasta el Buen Labrador, donde encontraron á Jesucristo con el pequeño Sabot, un viñador de Brinqueville, otro bromista famoso que también ventoseaba que era un portento. Al encontrarse los dos habían apostado dos litros de vino á ver quién apagaba más velas. Excitados por las risas de todos sus amigos, habían entrado en el cuarto de detrás del mostrador. Todos formaron círculo; uno funcionaba á la derecha, el otro á la izquierda, con los pantalones desabrochados y caídos, el trasero sacado y cada cual apa-



gando las velas que les ponían al alcance. Sabot ya había apagado diez, y Jesucristo solamente nueve, porque una vez le faltó la respiración. Se mostraba muy enfadado, porque se trataba de su reputación. ¡Valiente, ahí! ¿Cómo había de dejar Rognes que lo derrotase Brinqueville? Y sopló como jamás fuelle de fragua había soplado: ¡nueve! ¡diez! ¡once! ¡doce! Uno de Cloyes que estaba encendiendo la vela estuvo á punto de ser arrasrado también. Sabot difícilmente llegaba á diez, abatido ya, derrotado por completo, cuando Jesucristo, vencedor, soltó dos más por extraordinario.

—¡Ah qué Jesucristo éste! ¡Es lo que se llama un fenómeno! ¡Debian darle una medalla!

Todos chicheaban y reían á carcajadas. Había en el fondo envidia y admiración, porque la verdad es que se necesitaba para aquello una constitución especial para ventosear de aquel modo y soltar las ventosidades á voluntad.

Entre todos se bebieron los dos litros de vino apostados, y la fiesta duró dos horas sin que se hablara de otra cosa.

Buteau, mientras su hermano se volvía á poner los calzones, le había dado una palmada en el muslo, y la paz parecía hacerse entre los dos al cabo de aquella victoria, cuya gloria reflejábanse en toda la familia.

El tío Fouan, rejuvenecido, relataba un cuento de su infancia, del tiempo en que los cosacos entraron en la Beauce; sí, un cosaco que se había dormido con la boca abierta á la orilla del Aigre, y al cual le había ventoseado con tal acierto, que de seguro hizo que se lo tragase.

Cuando el mercado terminó, todos se fueron borrachos como cubas.

Entonces sucedió que Buteau se llevó en su carro á Fouan y á Jesucristo. También Elisa, á la cual había hablado su marido al oído, se mostró muy complaciente y cariñosa. Ella y Buteau rivalizaban en darle pruebas de afecto aquella tarde. Pero el mayor, que iba reponiéndose de la borrachera y serenándose, empezó á hacer reflexiones. Para que su hermano fuese tan amable, era preciso que hubiese descubierto algo bueno en casa del recaudador de contribuciones. Y era necesario estar en guardia y prevenido. ¡Ah, no! Si hasta entonces él, Jesucristo, tan borrachón y descuidado, había tenido la delicadeza de respetar los ahorros de su padre, lo que es en lo sucesivo procuraría que no se le escapasen y que volvieran á casa de otro cualquiera. El pondría la cosa en orden, dulcemente y á buenas, sin incomodarse, puesto que la familia estaba reconciliada.

Cuando llegaron á Rognes, y el viejo quiso bajar del carro, los dos mozos se precipitaron, rivalizando en deferencia y cariño.

—Padre, apoyaos en mí.

—Padre, dadme la mano.

Le recibieron en sus brazos y le dejaron suavemente en el suelo. Y él, entre los dos, permanecía inmóvil, sorprendido, y al fin, sin dudar y con la certidumbre de una cosa.

—¿Qué demonios os pasa para quererme hoy tanto?

Sus cuidados le asustaban. Hubiese preferido verlos como de ordinario, brutales é irrespetuosos. ¡Ah! ¡maldita suerte! ¡Ahora que sabían que tenía



cuartos en el bolsillo, iban á comenzar los disgustos por otro lado! Volvió al castillo desesperado.

Precisamente Cañón, que no había parecido desde hacía dos meses, estaba allí, sentado en una piedra, esperando á Jesucristo. Cuando le vió á lo lejos le gritó:

—¡Eh! ¡tú! tu hija está en el bosque con un hombre encima.

El padre estuvo á punto de morir de indignación; la sangre se le subió al rostro y gritó furioso:

—¡Cómo me deshonra esa cochina!

Y descolgando el látigo que tenía detrás de la puerta, bajó rápidamente la empinada cuesta y llegó al bosquecillo. Pero los gansos le servían de fieles centinelas cuando la Trouille estaba con algún hombre. En seguida el guía, al ver al padre, alargó el pescuezo y á la cabeza de la bandada se acercó hacia donde estaba su ama. Con las alas en movimiento y el cuello estirado, silbaba, produciendo una amenaza continua y estridente, en tanto que los otros, desplegados en orden de batalla, alargaban también los cuellos, abrían desmesuradamente sus enormes picos amarillentos y se disponían á morder. El látigo chasqueaba, y por entre las hojas oyóse el huir precipitado de los animales. La Trouille, advertida á tiempo, escapaba también.

Cuando Jesucristo descolgó el látigo, sintióse acometido de una gran tristeza filosófica. Acaso la desvergonzada terquedad de su hija le hacía compadecer las pasiones humanas. Acaso también sentía la reacción de la gloria ocasionada por su triunfo de Cloyes. Sacudió sus descuidadas mele-

nas de Cristo viejo y de borracho sempiterno, y dijo á Cañón:

—¿Quieres que te diga una cosa? pues todo esto no vale un pedo.

Y levantando la pierna, en medio de la semi-obscuridad, soltó uno desdeñoso y potente como para hundir con él la tierra.

#### IV.

Eran los primeros días de Octubre; iba á comenzar la vendimia; hermosa semana de alegría y de paz, durante la cual las familias desunidas se reconciliaban de ordinario alrededor de los barriles de vino nuevo.

Rognes estaba comiendo uvas desde hacía ocho días; tanto se comían, que las mujeres se remangaban las faldas y los hombres se bajaban los calzones al pie de todos los árboles; y los enamorados, llenas sus caras de mosto, se besaban y achuchaban en las viñas. Todo aquello concluía en que muchos hombres se emborrachaban y muchas mujeres se quedaban embarazadas.

Al otro día de su excursión á Cloyes, Jesucristo se puso á buscar los ahorros de su padre. Puesto que probablemente el viejo no llevaba siempre consigo su dinero y sus títulos, claro está que los tendría escondidos en algún agujero. Pero por más que la Trouille ayudó á su padre, resolvieron al principio la casa sin haber podido encontrar nada, á pesar de su buena nariz de merodeadores, y hasta la semana siguiente no fué cuando el cazador furtivo, por casualidad, al bajar de una tabla una